



La muralla de agua

Rafael Belmonte Agüera

Dos hermanos emigrantes, huyendo de su país en guerra, han atravesado medio mundo, buena parte caminando, y se tropiezan con una valla más en algún punto de la frontera española.

Escenario:

Dividido buena parte de él, y en diagonal, por una alta cortina de alambres retorcidos y desafiantes cargados de púas. Una alambrada al uso, al uso para que no atraviesen personas de un lado a otro. (Aunque jugando con la luz habrá un trozo de púas negras hechas de sombra para que puedan verse con perfección a los actores en ese tramo). En el lado de allá, en el del fondo, está la tierra oscura, pedregosa, abandonada y desconocida, neblinosa, humeante e inhóspita. En el lado de acá, la luminosa, clara y agraciada, fértil y tranquila y predecible tierra.

Personajes:

ZORAIDA. - Mujer de rasgos árabes, joven y hermosa. Desenvuelta, inteligente. Morena de piel y cabello. Fría, distante e interesada.

SANCHO. - Su hermano, un jovencito ingenuo y espontáneo, tímido, temeroso, *raro* en el trato (¿con discapacidad intelectual?). Buena persona. No necesita que le pidan un favor para que lo haga. Le cuesta al arrancarse a hablar y tartamudea ligeramente.

Nota: Las frases que comienzan y terminan con un asterisco son citas extraídas de Don Quijote.

Escena I

ZORAIDA y **SANCHO**, *cargados con sendas mochilas repletas de utensilios y ropa, probablemente lo único que posean, atraviesan exhaustos, acobardados y en silencio una tormenta con truenos, relámpagos y una intensa*
lluvia.

Avanzan despacio, y luchan con impotencia contra un poderoso viento.

OSCURO.

Escena II

Aparecen ambos por el lado de “allá” de la escena, por el fondo. Cansados, se sitúan tras un “trozo de alambrada”. Toman asiento sobre unas
pedras.

Descansan cerca de la orilla de un río. El torrente de agua se oye nítido
y poderoso.

También, lejanos, ladridos de perros.

SANCHO: Por fin. Hemos llegado hasta el mar, Zoraida. Yo nunca lo había visto. ¡Y mira! (*por la valla*) ¡Mira: una ola gigante! ¡Qué brillante! Es como una muralla de agua, qué miedo. A mí me espanta esa montaña de agua, porque todo eso se caerá tarde o temprano a nuestros pies. Toda esa agua pues caerá, se chafará en el suelo y vendrá hacia nosotros, a perseguirnos. Primeramente el agua me llegará hasta los tobillos, luego me trepará por las piernas y luego después me subirá hasta el cuello y me ahogará, a besos, pero

me ahogará. Me barrerá, nos barrerá. Porque yo no sé nadar. ¡Me ahogaré, Zoraida! Me da miedo tanta agua de golpe.

ZORAIDA: ¿No oyes el discurrir del río que hemos dejado atrás? Escucha.

SANCHO: ¿Río? Veo esa ola grande. No oigo un río.

ZORAIDA: Pues hemos caminado un trayecto por una de sus riberas.

SANCHO: El camino ese ancho y tan largo, largo.

ZORAIDA: El camino de agua.

SANCHO: ¿Hay caminos de agua?

ZORAIDA: El río.

Breve pausa.

SANCHO: Tú no me escuchas. Me da miedo, mucho, tanta agua. Mírala, ahí, tan alta.

ZORAIDA: Tranquilízate. Eso no es una ola. Es una valla metálica. Otra alambrada más.

SANCHO: Ah, ¿sí?, no. ¿Por qué? ¿Sí? ¿Seguro?

ZORAIDA: Seguro, sí.

SANCHO: No sé. Para ti todo son vallas. Si de ti dependiera, todo el campo estaría cubierto de vallas. Como si crecieran alambres retorcidos y llenos de púas espinosas por la tierra entera ellos solos.

ZORAIDA: *(Mira a su hermano y habla con mucha ternura)*. Es que en nuestro camino hemos encontrado más vallas que manzanos espinados, y además, plagadas de agujones puntiagudos mucho más duros y afilados que los que tienen las zarzas. *(Desfallecida)* No puedo hacerme a la idea de tener que escalar o sortear otra valla más.

SANCHO: ¿Más? ¿Una más? Yo no recuerdo haber saltado ninguna todavía. Suponiendo que sea verdad esa verdad tuya y que haya todas esas vallas que tú ves, ¿para qué iban a servir tantas, Zoraida? ¿Para que no pueda entrar nadie?

ZORAIDA: No lo sé. Seguramente.

SANCHO: ¿Tú, tú, tú crees?

ZORAIDA: Es posible.

SANCHO: ¿O para que nadie pueda salir? Porque mi cerebro no puede entender que la gente se encierre entre cuatro vallas. ¿Quién entendería eso? ¿Para qué?

ZORAIDA: No lo sé.

SANCHO: ¿Ves? No lo sabes. Tantas vallas, tantas vallas..., no serán tantas.

ZORAIDA: Ya no recuerdas las que hemos atravesado. O brincado: desde la que yo me caí, y tú me ayudaste a curarme. *(Le muestra un brazo vendado)*.

Pausa.

¡Qué felicidad la tuya, Sancho: ves olas en lugar de vallas espinosas! Bueno, es cierto, también ves parras, con dulces uvas colgando, en donde solo hay los

restos enrevesados y deshilachados de una larga y alta valla abandonada que parte en dos el paisaje.

SANCHO: Estate tranquila, pero no te entristezcas. Yo te ayudaré a saltarla tu valla. Soy fuerte, muy bastante fuerte.

ZORAIDA: No quiero más vallas.

SANCHO: Tengo ideas, hermana, si son vallas, no crecen solas, no pueden crecer solas, como muchos cerezos.

ZORAIDA: No, claro que no. No insistas. Las plantan los hombres cuando ya están crecidas. Bien crecidas...

SANCHO: Podemos buscar a ese quien la haya puesto y ese mismo pues la quitará.

ZORAIDA: (*Pensativa*). Seguro que la quitará. Mejor no enredarnos buscando a... nadie.

SANCHO: (*La toca*) ¡Ay!, y esta pincha.

ZORAIDA: Claro que pincha. Todas pinchan. ¿Te has convencido ya de que no es agua? ¿De que no es una ola?

SANCHO: Y mira allá, aquello, dentro del mar (*por el público*) ¡un ejército de cangrejos! Acechándonos. Si el agua no acaba con nosotros, lo harán los cangrejos. Los cangrejos tienen tenazas en las manos. O sus manos son tenazas. O lo que sea. Pero agarran tan fuerte, no te sueltan, te hacen sufrir. Que no te cojan, yo te defenderé.

ZORAIDA: No son cangrejos.

SANCHO: ¿En el mar no hay cangrejos?

ZORAIDA: Sí, en el mar hay cangrejos, pero no hemos llegado todavía al mar y te confundes. Eso que ves no son cangrejos.

SANCHO: ¿No? ¿Qué son mis cangrejos entonces?

ZORAIDA: Gente. Tus cangrejos son gente.

SANCHO: ¿Un ejército de gente?

ZORAIDA: Un ejército sin armas. Probablemente.

SANCHO: ¿Y qué miran?

ZORAIDA: A nosotros. Nos miran a nosotros. Así que no te muevas demasiado, no hay que despertar su atención con nuestros movimientos.

SANCHO: ¿A nosotros? ¿Por qué?

ZORAIDA: Nos miran como si estuviéramos dentro de un escaparate. Como si fuéramos títeres de un guiñol. Como si fuéramos, para algunos, un entretenimiento más.

OSCURO

Escena III

*Transcurre en **OSCURO**.*

SANCHO: ¿Tú te acuerdas de aquella noche, que no había luz en casa, que padre confundió un rebaño de ovejas que cruzaba la era con un ejército?

ZORAIDA: Se fue la luz dentro de nuestra casa, como tantos días. Fuera había la de la luna. Padre no confundió nada: acertó. Aquellas ovejas no eran ovejas, se trataba en verdad de una tropa, Sancho. Aquello sí era un verdadero ejército. Fue la primera ocasión que atacaron nuestra casa usando cohetes, *(por los altavoces, explosiones repentinas y potentes)* morteros. Y la primera que dispararon con escopetas también contra nosotros. Tú eres el olvidadizo ahora.

SANCHO: ¿Dispararon? No se me viene a la cabeza eso. Y lo intento. ¿Por qué? ¿Qué habíamos hecho nosotros de malo?

ZORAIDA: Nada. Nos atacaron porque nada escapa a la maldad de algunas personas. Aunque te cueste creerlo, hay personas que parecen haber nacido exclusivamente para hacer el mal. Y algunas de ellas, de casualidad, fueron a detenerse frente a nuestra casa.

SANCHO: Pues nosotros, en todo lo que llevamos caminado, nada más hemos encontrado gente buena. Gente que nos ha ayudado.

ZORAIDA: Y te creerás lo que estás diciendo.

SANCHO: ¿Eh? ¿Qué significa? ¿Por qué?

Luz.

Escena IV

ZORAIDA: No, nada, olvida lo que he dicho. *(Inspecciona un mapa)* ¿Dónde estaremos?

SANCHO: En algún lugar de la pancha... (*se rasca la barriga*) de cuyo nombre no puedo acordarme.

ZORAIDA: No es pancha. Es Mancha. Mancha. La Mancha.

SANCHO: ¿Mancha? ¿Qué Mancha? A mí me recorre mi pancha un... pelotón, un ejército de rocines o por lo menos de hormigas... ¡La Mancha! ¡Eso qué tontería es!

ZORAIDA: Ya te lo he explicado un montón de veces. La Mancha es una región de España.

SANCHO: Sí, será verdad. Tú me lo habrás explicado un montón de veces, pero las correrías de las hormigas no abandonan mi barriga ni por dentro ni por fuera. Las siento bien sentidas yendo y viniendo. Pienso en eso ahora porque es tan importante.

ZORAIDA: Y no es que de su nombre no “pueda” acordarse, es que no “quiere”. Y lo tuyo es hambre.

SANCHO: ¿Por qué? ¿Eso qué es? ¿Por qué no quiere acordarse?

ZORAIDA: Ay, Sancho. Mil veces que te lo explique, mil veces que te olidas. Lo escribió así el autor de la novela. Y la comienza así: en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero *acordarme*...

SANCHO: Ese trozo no me lo sé.

ZORAIDA: Es el principio.

SANCHO: No me lo sé. Ya está. Aprendí seguido desde otras partes. ¿Te las puedo repetir en voz alta?

ZORAIDA: Ahora no.

SANCHO: Ahora no.

ZORAIDA: Buen chico, mi hermanito.

SANCHO: ¿Y por qué no iba a querer acordarse? Qué tontería. ¿Cómo puede alguien escribir un libro si ese mismo alguien no quiere ni acordarse de dónde empieza la... la... cosa?

ZORAIDA: Pues así es.

SANCHO: ¿Tú lo has leído?

ZORAIDA: Yo, no. Algunos pasajes.

SANCHO: Pues entonces.

ZORAIDA: Es un libro muy gordo.

SANCHO: Ah. Como sabes tantas cosas de él... Pues yo también me lo sé y de memoria.

ZORAIDA: Todo no.

SANCHO: No, todo no.

ZORAIDA: Ya lo sé. A mí me las contó... padre. Aunque, ya sabes, las novelas no están escritas para contarlas, sino para leerlas.

SANCHO: Padre sí la había leído antes de...

ZORAIDA: Sí, esa, y muchas otras.

SANCHO: Esa es la del caballo y el hombre que va de un lado a otro equivocándolo todo..., es esa.

ZORAIDA: Esa, sí. Exactamente. Como te pasa a ti...

SANCHO: Ya, ya me acuerdo. Pero me sé muchos muchos pedazos... todo de corrido.

ZORAIDA: Ya.

SANCHO: Como en el libro, igual que tú le decías a padre que confundía las cosas... contigo. Las cosas que tú hacías a sus espaldas, para que él no se enterara, quiero explicar.

ZORAIDA: No quiero hablar de eso.

SANCHO: Y por ese libro fue por el que yo, a partir desde que era joven, tenía que llamarme Sancho.

ZORAIDA: Sí.

SANCHO: Y tú Zoraida.

ZORAIDA: (*Tristísima*). Y yo Zoraida.

SANCHO: Tienes que explicarme todos los *porqués*.

ZORAIDA: ¿Otra vez?

SANCHO: Bueno.

ZORAIDA: (*Con hartazgo*). Padre quiso ponerme de nombre Zoraida en homenaje a una chica que sale en el libro y se llama así.

SANCHO: ¿A la que se cambió...?

ZORAIDA: *(Lo corta, enfadada).* Esa misma Zoraida, sí.

SANCHO: Y a mí, Sancho...

ZORAIDA: Sí, a ti Sancho, por el nombre del coprotagonista.

SANCHO: ¿Qué más?

ZORAIDA: Padre quería que todos nos trasladásemos a vivir a España.

SANCHO: ¿Ya estamos en España?

ZORAIDA: Falta poco. *(Y mira con recelo la valla).*

SANCHO: ¿Cuánto de poco?

ZORAIDA: Poco de... muy poco.

SANCHO: ¿Quedan muchas... olas... vallas?

ZORAIDA: No lo sé. Eso no lo puedo saber.

SANCHO: ¿Y madre?

ZORAIDA: Qué.

SANCHO: ¿Quería venir?

ZORAIDA: También. Madre también. Estaban reuniendo todo el dinero para eso. Querían vender cuanto tenían..., pero no les dio tiempo..., y hacer este mismo viaje que nosotros hemos emprendido... y que parece no tener fin. Ellos sólo querían tener paz... y la encontraron toda de golpe.

SANCHO: Por eso padre nos enseñó español desde que éramos pequeños.

ZORAIDA: Por eso, y porque amaba y le gustaba todo lo que oliera a español. Cualquier rincón español lo prefería a...

SANCHO: ¿Por qué?

ZORAIDA: El papá del papá de papá era español.

SANCHO: El abuelo.

ZORAIDA: El bisabuelo.

SANCHO: Eso no lo entiendo.

ZORAIDA: Es igual, Sancho. Representa que puede ser que tengamos cerca algún familiar de padre.

SANCHO: ¿Sí? ¿Por qué? ¿Eso significa todo ese lío de los papás?

ZORAIDA: Eso. Te lo contaré cuando puedas entenderlo.

SANCHO: Si no ni sí me lo cuentas nunca de nunca, pues nunca “poderé” entenderlo.

ZORAIDA: Todo llegará.

SANCHO: Todo llegará, bueno.

ZORAIDA: Lo que sí sé es que debemos comprobarlo. Cuando estuve en Córdoba vi hablar a nuestro padre con un hombre y una mujer. Y la mujer tenía parecido con padre.

SANCHO: ¿Árabes?

ZORAIDA: No, no lo sé si eran árabes. Esa es mi duda.

SANCHO: *(Con alegría)*. ¿Entonces puede ser que...?

ZORAIDA: No. No lo pronuncies. Y no alces la voz.

SANCHO: ¿Aquí también nos van a oír? ¿Quién? Estamos muy lejos, lejos de todo, ¿o no? Tienes miedo. Y aquí solo hay vallas de las tuyas y tierra o agua y espuma, depende de si miro yo o de si miras tú. Y durante la noche, estrellas y negrura, mucha negrura.

ZORAIDA: De todas formas, no debe oírnos nadie, ¿lo entiendes? No sabemos nada concreto.

SANCHO: Nada concreto.

ZORAIDA: Nada, todavía. Eso es.

SANCHO: Podríamos llamar. Si no hubieras perdido tu móvil.

ZORAIDA: Lo destrozó la explosión.

SANCHO: Bueno. A algún sitio tendríamos que ir a parar. Y si padre prefería “Córboda” a nuestra... A... nuestra tierra.

ZORAIDA: ...nos hablaba bien de todo este país. Pero la ciudad de “Córdoba” *(insiste)* era su preferida.

SANCHO: Y “Córboda” está en la Mancha.

ZORAIDA: No, en Andalucía.

SANCHO: “Andalusía”...

ZORAIDA: Ahí vivieron casi toda su vida los abuelos. Y los padres de los abuelos.

SANCHO: Cerca de la “Mesquita”.

ZORAIDA: Sí, cerca de la Mezquita.

SANCHO: “Mesquita”. ¡Donde tú conociste a...!

ZORAIDA: Calla.

SANCHO: Tú ya conoces “Córdoba”. Tú fuiste a “Córdoba” con padres, y también para conocerle a él. A tu novio.

ZORAIDA: No viajé a eso. No lo entenderías.

SANCHO: (*Chillón*). Entendí entonces y entiendo ahora lo que explicaron padres: Zoraida ha traicionado a su padre, ha traicionado a la familia. Zoraida nos ha traicionado a todos.

ZORAIDA: (*Llora*). No lo entiendes. Nadie me quiso comprender entonces. Como tú no me entiendes ahora.

SANCHO: No, no te entiendo. Y me gustaría entenderlo todo. Pero mi empeño es grande, creo. Pero mi cabeza, pequeña. No llores, hermana. No soporto verte llorar. Bueno, ni a ti ni a ninguna chica. Será porque soy un machista.

Silencio.

Si conozco a una chica, cuando conozca a una chica, cuando me presente a una chica, cuando alguien me presente a una chica, ¿la podré besar?

ZORAIDA: Si ella quiere, podrás. Seguro que sí.

SANCHO: Eso está bien, muy bien. En nuestro país no podía. Ya me gusta este país.

ZORAIDA: Era distinto.

SANCHO: ¿Y besar chicas no es machismo?

ZORAIDA: Es una costumbre. Costumbres distintas.

SANCHO: Una pregunta, ¿puedo?

ZORAIDA: Puedes.

SANCHO: ¿Me tiene que dar vergüenza, cuando veo a una chica y me gusta?

¿De que me guste? Porque muchas de las que he visto por ahí atrás, en la distancia, ya me gustaban.

ZORAIDA: ¿Vergüenza? ¿Por qué piensas eso, Sancho?

SANCHO: Pues porque pienso en el machismo, esa palabra la oímos por aquí durante rato, en los soldados y en las soldadas, y todo eso. Pues porque pienso de una: por ejemplo, por ejemplo, esa tiene unos ojos como bañeras, como para... para bañarse en ellos.

ZORAIDA: Como el agua, cuando es azul.

SANCHO: No, por lo grandes. O... por lo pequeños. Bueno, es lo mismo. Es más bien por las cosas que ellos me dicen sin hablar cuando me miran. O por tantas cosas bonitas que yo leo en ellos. Y por... com... Cómplices. Y divertidos. Y... Y más cosas, muchas más que no recuerdo. Y pienso, pienso: aquella, aquella otra está buena. Buenísima. Es un *pibón*, así decían aquellos militares de...de ese pueblo que no puedo acordarme... en el que había más europeos con armas que árabes. Y luego me avergüenzo de mí mismo por mis pensamientos y pienso en el machismo, y me asusto de mis propios

pensamientos. Acabo dándome miedo. Pienso de mí que soy una mala persona de esas. Un *desarmado*...

ZORAIDA: ...desalmado.

SANCHO: Lo que sea. De esos que va por ahí mirando lo que no debe y rumiando cosas que espantarían a... Es que cuando veo a una chica que me gusta, me da aquí, en la cabeza, un algo. Y aquí, aquí también, Zoraida, en el estómago, me da como algo. Siento algo que no sé explicar. No se puede explicar. Nunca se "poderá" explicar.

ZORAIDA: (*Quiere corregirle, pero desiste*)

SANCHO: Yo no puedo. Yo, yo creo que eso es malo. ¿O no? Yo creo que es como malo eso de aquí y aquí. Malo de lo peor. Es machismo de ese, ¿no? Dime que no, Zoraida, dime que no, aunque sea mentira y no me quieras, dime que no es machismo de ese malvado. Aunque, claro, tú eres una chica, Zoraida. No sentirás lo mismo que siento yo cuando veo a una chica que me gusta. No puedes entenderlo. No puedes entenderlo, entonces. A mí me gustaría estrujarlas de apretones de brazos. Apretarlas así, así. No puedes entenderlo, Nada entiendo yo de mí, pues tú...

ZORAIDA: **Amor y deseo son dos cosas diferentes, Sancho. No todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama.* * Esto también es de la novela.

SANCHO: ¡Repítelo! ¡Repítelo! ¡Quiero aprenderlo!

ZORAIDA: Ahora no.

SANCHO: Ahora no.

ZORAIDA: Yo, cuando veo a un chico que me gusta...

SANCHO: ¿Tú miras a los chicos? ¿Además de a tu novio? ¿Y además te gustan...? Eso a padre y a nuestra madre no...

ZORAIDA: Todos, no. Todos no me gustan. Pero también me da un algo... aquí, en la cabeza. Y aquí, en el estómago...

SANCHO: ¿Te da cuando ves a tu novio el árabe?

ZORAIDA: ¡Que te calles! No sabemos si alguien puede oírnos.

SANCHO: Ya me callo. No quiero que alguien pueda oírnos.

Silencio.

ZORAIDA: Aunque, claro, tú eres un chico y eso no... lo puedes entender. No puedes entender que yo sienta cosas parecidas a las que tú sientes cuando yo veo un chico que me agrada.

SANCHO: Vale.

ZORAIDA: Y sí, te quiero. Aunque a veces te parezca lo contrario. Aunque no te lo haya dicho nunca. Hasta hoy. Hasta ahora.

SANCHO: ¿Tú me has querido alguna vez, Zoraida? ¿Me has querido alguna vez?

ZORAIDA: Que sí, pesado. Claro que te quiero. Aunque a veces...

SANCHO: No, yo creo que no. Salías con chicos y chicas de allá de nuestra "pacorra" en...

ZORAIDA: Parroquia.

SANCHO: Ahí. Pero a mí no me sacabas nunca. Y siempre estabas con el móvil hablando con ése... de "Córdoba".

ZORAIDA: Ni se te ocurra pronunciar su nombre.

SANCHO: No, si no me acuerdo de su nombre. Eso no me lo sé. Tú has hecho como padre. Como padre, pero al revés. Sí. O... o... o... ¿has hecho como padre? Él sólo te quería a ti, a ti te quería. A ti sí que te ha querido. Aunque tú a él, al final...

Pausa.

A mí padre tampoco me ha querido... No me quiso nunca. Creo que porque veía algo raro en mi cabeza. Yo no me lo veo que es que se pueda ver.

ZORAIDA: ¡Y tanto! No sabes de lo que hablas. Por eso él te perdonaba. Y yo te perdono.

SANCHO: A ti te tenía como su hija y su hijo, como si fueras todos sus hijos a una vez. A un mismo tiempo. Y tú a él le traicionaste. Como si le hubiéramos traicionado todos.

ZORAIDA: ¡Calla ya!

SANCHO: No te gusta lo que oyes. Por eso quieres que calle.

OSCURO.

Escena V

Potente y en primer plano anuncia su llegada una ambulancia.

Pausa.

Silencio.

SANCHO: *(Está solo durante un rato. Asustado, mirando hacia un punto concreto). (Alarmado). ¿Te ha tocado? ¿Te ha hecho daño?*

ZORAIDA: *(Ya en escena).* No, nada de eso. No te preocupes.

SANCHO: ¿Qué te decía, entonces, el soldado ese?

ZORAIDA: Que avanzáramos. Que nos quitáramos de en medio. Que nos escondiéramos o nos vería alguien más y él se vería obligado ya y tendría que detenernos, a su pesar...

SANCHO: ¿Eso te ha dicho?

ZORAIDA: Sí.

SANCHO: ¿Ves? Un soldado buena gente. Ya sabes que me recuerdo de memoria trozos grandes de la novela de padre.

ZORAIDA: Sí, lo sé, ya lo sé.

SANCHO: ¿Quieres que te repita alguno? Pues lo hago.

ZORAIDA: No, ahora no es momento.

SANCHO: “Ahora no es momento”. Nunca es momento. Bueno, lo que tú digas. Pero quiero decir algo sobre el soldado. ¿Puedo?

ZORAIDA: Puedes.

SANCHO: Me recuerdo que padre me repitió días, muchas mañanas, algo escrito igualmente en la novela que decía... decía..., deja que me recuerde..., ya, ya: **que entre los mismos demonios hay unos peores que otros, y entre*

muchos malos hombres suele haber alguno bueno. * Pues nos ha tocado uno bueno de hombre con el sargento. ¿A que sí? ¿Por qué?

ZORAIDA: ¿Sargento?

SANCHO: ¿No es sargento? Pues capitán, capitán o lo que sea. Gente buena.

ZORAIDA: Recuerda también tú que **una golondrina sola no hace verano.**

SANCHO: ¡Del libro! No, una golondrina sola no hace verano, pero lo anuncia, ¿no?, hermana. A mí sí me gustaba mirar cuando nos llegaban las golondrinas por encima del cobertizo de nuestro granero y siempre había una que llegaba la primera al final de la primavera. Siempre una, la primera. Yo me ilusionaba pensando que todos los años era la misma, y le daba la bienvenida con la mano en alto, aunque sabía ya en el fondo que eso no era posible, que seguramente esa golondrina sería otra golondrina cualquiera. Pero como se parecen tanto unas a otras... pues entonces a mí me hacía ilusión la... confusión.

ZORAIDA: *(Aparte, rememorando).* Es joven ese soldado, pero tiene que haber **andado muchas tierras y hablado con gentes diversas, porque es discreto.**

SANCHO: No te me oigo bien. Aunque has repetido algo más del protagonista del libro.

ZORAIDA: Decía también...el militar, que si nos detenían, nos harían atravesar otra vez el río hacia la otra ribera. Y ese es el camino de vuelta.

SANCHO: No. El agua está muy fría.

ZORAIDA: Heladísima. Qué me vas a contar.

SANCHO: Me recuerdo de aquella tarde que hacía mucho frío, que tú barrías la puerta de la casa (*ríe limpia, sinceramente*) y padre, desde lejos, te confundió a ti con un soldado y a tu escoba con una escopeta. Y no quería acercarse a la casa. No lo hizo hasta que desapareciste puerta adentro, después de un rato.

ZORAIDA llora disimulada y silenciosamente.

Pausa.

Tengo hambre.

ZORAIDA: No lo dirás en serio.

SANCHO: ¿Cómo podría bromear con algo así? Estoy... estoy creciendo. ¿Se puede bromear con el hambre?

ZORAIDA: Hemos comido hace poco. (*Hurga en su mochila, le da algo a SANCHO y este come*). ¿Ese padre no era el mismo padre que donde había un tanque apuntando hacia nuestra casa él vio un carro tirado por bueyes y cargado de comida? ¿O donde todos vimos soldados agazapados él dijo que eran burros con alforjas? ¿Te acuerdas tú de eso?

SANCHO: Sí. Fue el primer día que oí decir a madre que... padre estaba perdiendo... perdiendo la cabeza. Yo eso no lo entendía porque yo siempre lo veía con su cabeza puesta. Ese día, pues, la habría perdido del todo por ahí, por el campo, cuando pastoreaba. ¿Eso puede ser?

Pausa. Come con apetito.

Dame algo de salsa para añadirsela a esto.

ZORAIDA: De la que tú quieres, ya no queda. La dejé en el camino, sobre las ramas de un arbusto, para entretener a los perros esos que nos perseguían y que perdieran tiempo lamiéndola.

SANCHO: La encontrarán muy buena. Te lo aseguro y te lo puedo asegurar.

ZORAIDA: Aunque ese alimento ya lleva la mejor del mundo.

SANCHO: Ah, ¿sí? ¿Cuál?

ZORAIDA: El hambre. Tu hambre.

OSCURO.

Escena VI

SANCHO: Salsa y hambre, eso está escrito en el libro...

ZORAIDA: ...lo está, sí. Está escrito. Como casi todo lo que está escrito en este mundo.

SANCHO: ¿Sabes ya dónde estamos?

ZORAIDA: No. *(Por el público)* ¿Sigue ahí la gente?

SANCHO: *(Mira hacia el patio, utilizando una mano como visera)* Tú dices que es gente. Yo veo arena y rocas, olas y espuma.

ZORAIDA: *(Imitándolo)* Es gente, claro que sí, están ahí y hay niños entre ellos. Bastantes niños.

SANCHO: Estamos andando no sé cuántos meses con sus días y yo estoy muy agotado y tengo sangre en mis pies enteros.

ZORAIDA: Yo también tengo sangre en los míos. Tampoco puedo más. Si nos atreviéramos a entregarnos...

SANCHO: ¡Entregarnos, no! ¡Nos devolverán a nuestra casa!

ZORAIDA: ¡No tenemos casa a la que puedan devolvernos! ¿Te has olvidado?

SANCHO: Pues a nuestro país. Y nos castigarán.

ZORAIDA: Ya no tenemos país, no tenemos país, Sancho. Lo están derruyendo entre unos y otros. Y todos dicen tener razón. ¿A dónde iremos?

Pausa.

SANCHO: Me recuerdo lejanamente que tú dijiste que tu...novio, que tu amigo, tu amigo te ayudaría a encontrar trabajo si íbamos a donde él. Tenemos que seguir adelante. Si padre viviera, le gustaría que siguiéramos y que siguiéramos...

ZORAIDA: (*Grita, asustada*) ¡Pero padre no vive!

SANCHO: ¡Pues no me grites, que yo no di muerte a nuestro padre!

Pausa.

Oye, Zoraida, ellos, los niños, esos niños que yo no veo pero tú sí, si están ahí, pues podrían ayudarnos a agujerear la valla, para que sigamos avanzando, los niños deben ser iguales en todo el mundo. Ellos no ponen condiciones, lo hacen y ya está. Si les da por ayudarnos, y quieren, pues nos ayudarán. En casa nos...

ZORAIDA: Si hacemos eso, ellos pueden salir perjudicados y nosotros convertiremos nuestra huida, nuestro fin en... un circo.

SANCHO: Si nos la dan, ¿por qué tendríamos que despreciar la ayuda de nadie?

ZORAIDA: Yo no desprecio nada, pero **si buscamos el peligro, podemos perecer en él.** También está escrito en...

SANCHO: ¿La vida es un circo, hermana?

ZORAIDA: No.

SANCHO: ¿Entonces?

ZORAIDA: El mundo no es como un circo. Eso es lo que quieren que pensemos algunos: que el mundo es un circo, redondo y perfecto, redondo como un patio de colegio en el que en lugar de jugar se trabaja mientras otros están observando desde arriba y divirtiéndose a base de nuestro esfuerzo, del esfuerzo ajeno, entretenidos y ociosos mirando desde las ventanas.

SANCHO: Yo, no... hermana, no comprendo...

ZORAIDA: ¿Ya no recuerdas cómo nos trataban los guerrilleros de nuestro pueblo? Llevaban armas, tenían poder. Disparaban y herían o mataban desde cualquier ventana.

SANCHO: Sí, sí.

ZORAIDA: ¿Cómo nos maltrataban?

SANCHO: Sí, sí, no me recuerdes cosas...

ZORAIDA: ¿De cómo azotaban a quien no cumplía sus órdenes a raja...?

SANCHO: ¡Que no sigas! ¿No entiendes tú que eso me duele a mí en la memoria? ¿Qué me estás rompiendo algo por dentro de la cabeza?

ZORAIDA: Deja que hable. Quiero desahogarme yo y que tú lo entiendas para siempre: esos mismos que espían, son los que controlan y dictan las reglas del patio, y luego, como nuestras vacas en el monte...

SANCHO: ¿Puedo hablar?

ZORAIDA: ¡No! ...como nuestras vacas en el monte a una llamada nuestra, acudían obedientes y con paso tranquilo a la vaquería, acudimos nosotros a su llamada a por nuestro trozo diario de pan y después esos son los miserables que quieren convencernos de que han sido nuestros salvadores, cuando hemos estado trabajando, ¡trabajando para ellos! Se comportan con nosotros como hacíamos nosotros mismos con las vacas y su heno del atardecer: nos premian por obedecer. ¿Eso quieres? ¿Eso quieres para nosotros?

SANCHO: ¿Nos ordeñan? Yo eso no lo sabía.

ZORAIDA: ¡Sí, nos ordeñan!

SANCHO: ¿Y nos sacan leche?

ZORAIDA: No, porque no pueden. Si pudieran, lo harían.

SANCHO: ¿Entonces?

ZORAIDA: Nos extraen vida. Una pizca de vida cada día.

SANCHO: Pues son muy miserables, eso es de ser miserables, quitarnos trozos de vida nuestra para quedársela ellos.

ZORAIDA: No lo dudes. Acumulan y acumulan vidas, o bienes, o riquezas de los demás, cualquier cosa les complace mientras sirva para ir llenando sus bolsas.

SANCHO: ¿Por qué? ¿Hacen tanta maldad, por qué?

ZORAIDA: Sería fácil, sencillo, repetir que son unos canallas egoístas. Y sucederá así hasta que nos hagamos escuchar. Hasta que alcemos la voz y la voz de todos convertida en un grito sin fin que rompa sus tímpanos.

Silencio.

SANCHO: Está bien, es bonito eso que dices, tan bonito, pero vivir sin pan... Como estoy en crecimiento... Y yo no he oído que nadie nos llame como a las vacas. Tú, ¿sí?

ZORAIDA: No entiendes nada.

SANCHO: Casi nada. Pero eso ya lo sabes.

ZORAIDA: *(Abraza a su hermano).*

SANCHO: Estás rara. Suelta, suéltame, me estás estrujando. ¿Estamos en peligro? ¿Como cuando nos tiraban bombas? ¿Eso es el circo?

ZORAIDA: Padre ya nos advertía de que es la vida “de algunos” lo que hemos convertido entre todos en un circo.

SANCHO: ¿Y no lo es, hermana?

ZORAIDA: Nos embaucan para que veamos a todas las personas como si fueran fieras.

SANCHO: Pero no lo son, ¿verdad?

ZORAIDA: No dudes que algunas arañarán como tigres, u otras embestirán como hienas. Pero todas ellas, en el fondo, cuando atacan se están defendiendo.

SANCHO: ¿Se defienden atacando? ¿De quién se defienden?

ZORAIDA: Creo que de sí mismas. Aunque ellas no lo saben. En el fondo, son muy desgraciadas y se tienen más miedo a sí mismas que al resto de los mortales, y lo disimulan, se convencen de que todos los demás procedemos en la vida como lo hacen ellas y atacan, atacan... toda su misión es atacar... Eso explicaba padre a menudo, mientras le dejaron hacerlo...

SANCHO: ¿Tú crees eso?

ZORAIDA: ¿Y por qué no? ¿Nuestros vecinos eran fieras?

SANCHO: Yo jugaba con ellos, no lo eran. Nunca me comieron.

ZORAIDA: Nuestros padres, nuestra familia, ¿eran fieras?

SANCHO: No lo eran.

ZORAIDA: ¿Y atacaban?

SANCHO: No, vivían en paz. Nunca vi que padre o madre caminaran abriéndose paso a bocados de una puerta a otra.

ZORAIDA: Y padre repetía que **donde una puerta se cierra, otra se abre.**

SANCHO: Pues los niños son como padre era, muy bueno con todo el mundo.

Silencio.

Con todo el mundo que no fuera yo, eso sí.

ZORAIDA: No sabes lo que estás diciendo.

SANCHO: Sí lo sé, sí lo sé, sí.

ZORAIDA: Yo, ahora, no pienso igual, he cambiado. No trataría ni hablaría a nadie como lo hice, empezando por nuestro padre. Tú deberías...

SANCHO: Él decía que le destrozaste el corazón.

ZORAIDA: Y tú, recordándome tanto y todo, constantemente, me lo destrozas a mí ahora.

SANCHO: ¡Tú te cambiaste de religión! La nuestra por otra, como en la Zoraida del libro pero al revés. Lo dijo padre, y padre no se equivocaba ni era mentiroso. ¿Cómo puede alguien creer hoy en un dios y mañana en otro?

ZORAIDA: ¡Que te calles!

SANCHO: No me callo. ¡Estoy hasta los pies de callar! ¿Por qué lo hiciste?

ZORAIDA: Por amor.

SANCHO: ¿A ese otro dios, otro dios mejor?

ZORAIDA: No, a un hombre.

SANCHO: ¿Por qué?

OSCURO.

Escena VII

SANCHO: Estoy cansado, hermana. He tropezado... Me he caído, me he levantado. Me duele... Me rindo un tiempo grande. Por fin.

ZORAIDA: No debemos detenernos, ni rendirnos, todavía no, todavía no. Ya decía padre: la vida es como los caminos, hermano, en ellos hay piedras con las que tropezamos que son como los obstáculos en la vida, eso... nos ha pasado, hemos tropezado... con otro... alambre. Otra valla.

SANCHO: ¿Por qué?

ZORAIDA: Decía que las depresiones que sufrimos son como los hoyos de un camino, y las cuestas que tiene, hacia arriba y hacia abajo, como las tristezas y las alegrías, pero de lo que más hay en la vida, como en las carreteras, lo más empalagoso y que nos atraganta y nos rompe la voz y nos empalaga la vida por momentos, es el polvo que levantamos entre todos al caminar: de quien va delante, detrás o al lado y nos lo tenemos que tragar todo a bocanadas, queramos o no, cuando vienen mal dados y de frente los vientos...

SANCHO: Pues parece que me toca a mí tragar todo el polvo ése y eso que hace rato que no vemos a nadie en el camino. Llevo la boca terrosa, como si mi lengua fuera de arena.

ZORAIDA: Bebe un poco de agua. *(Le ofrece de una cantimplora).*

SANCHO: Y mis pies dicen basta. Te he seguido, te he seguido hermana, hasta donde tú has querido. Y mira lo que me estoy encontrando. *(Se agarra con rabia a la alambrada y la sacude).*

ZORAIDA: Ya no ves olas del mar.

SANCHO: Hasta las toco. Tú me has confundido.

ZORAIDA: ¿Confundido?

SANCHO: Convencido.

ZORAIDA: Con tanto ruido, volverás a atraer a alguien. A los guardias. *(Pausa)*

Y por supuesto que me has seguido. Tenías miedo a morir. Te iban a matar.

SANCHO: ¿Por qué? Si yo no tengo enemigos. ¿Quién me iba a matar a mí, quién?

ZORAIDA: Bien pudieran ser los mismos que han dado muerte a nuestra familia y a nuestros vecinos. Por ser hijo de tu padre, sus problemas de...

SANCHO: Bah, no. Di. Tú sí te buscaste problemas. Tú los buscaste.

ZORAIDA: A lo que tú llamas problemas, para mí son creencias, creencias en el cariño. Exactamente son eso.

SANCHO: Tus creencias, como llamas a los problemas, destrozaron a padre y padre murió. A él no le pasaba nada parecido como al hombre de la novela. Padre no confundía molinos con gigantes. Él sabía dónde estaban los hombres de carne y hueso, dónde estaban los gigantes y dónde estaban los molinos. Hombres veíamos todos los días; el molino, dos veces por semana y sólo a mí me llevó hasta los gigantes una mañana y nos peleamos contra ellos y ganamos. ¿Te llevó a ti hasta los gigantes?

ZORAIDA: No me llevó.

SANCHO: ¿Ves?

ZORAIDA: No tuvimos tiempo.

SANCHO: ¿Ves, lo ves?

ZORAIDA: Te veo.

SANCHO: Si no fueras mi hermana, te diría que por tu culpa murió padre.

ZORAIDA: ¡Padre murió porque le cayó una bomba en la cabeza, por nada más! Y supo morir con dignidad. ¡Basta ya!

SANCHO: ¿Qué es eso de morir con dignidad? No lo entiendo. Dices cosas que no entiendo, ya lo sabes. Pero morir es morir. O se muere o no se muere. No entiendo qué es morir con dignidad. La muerte es muerte y ya está. ¿Padre y madre murieron con dignidad de esa? Murieron. Sólo eso. Que no es poco para... nadie.

Breve pausa.

ZORAIDA: Nunca habíamos hablado tantas frases seguidas. Ni en nuestra casa, Sancho. Quizá este viaje nos sirva para conocernos mejor. Bueno, algo... A lo mejor, hasta para querernos un poco.

SANCHO: Yo siempre te he querido, hermana. Se “poderá” decir que eres mi hermana preferida.

ZORAIDA: No digas tonterías. No tienes ninguna otra hermana. Además, eso es mentira. Nunca nos hemos queri... *(se corta)* Ahora mismo, sólo nos tenemos el uno al otro. Mira cómo acabaron padre y madre.

SANCHO: ¡Ellos no acabaron! ¡Los hicieron acabar!

ZORAIDA: No chilles. Nos descubrirán. Nos devolverán a...

SANCHO: Sssh... No, no, eso no.

ZORAIDA: Y fíjate donde estamos. Rodeados de alambres. Rodeados de tierra desconocida.

SANCHO: Tuviste que fastidiarlo todo, Zoraida. Padre creía en ti.

ZORAIDA: Calla, hermano. No insistas en eso, ya. Cállate.

SANCHO: ¿Quieres que me calle? Pasa que no te interesa oír lo que te digo.

ZORAIDA: No es eso. No seas inoportuno. He oído algo.

SANCHO: Las cascadas y el rumor del río, los tiros y las bombas se acabaron hace rato, ¿no? Defraudaste a padre, por tus creencias raras de esas. Tú fuiste la inoportuna.

ZORAIDA: Me ha parecido oír pasos.

SANCHO: ¿Pasos? ¿De quién?

ZORAIDA: ¡Cómo voy a saberlo!

Breve pausa.

¿Qué coges, hermano?

SANCHO: Sería esto.

ZORAIDA: ¿Qué es?

SANCHO: Un caracol. ¿No lo ves?

ZORAIDA: Eso no es un caracol. Es una piedra.

SANCHO: ¿No le ves los cuernos? ¿Y la baba? Y la casa, su casa siempre a cuestas, como nosotros.

ZORAIDA: Que no es un caracol, Sancho, que es una piedra... De lo que estoy completamente segura es de que eso no ha atravesado medio mundo, como...

SANCHO: Los caracoles no van en autobús, como nosotros hemos ido, ni van en coche, como nosotros hemos ido, solamente caminan y trepan, como este.

ZORAIDA: Eso es una piedra.

SANCHO: Donde tú ves una piedra, yo veo un caracol que camina despacio, como nosotros; se esconde de sus parientes, como nosotros. Y tiene miedo, como nosotros. ¿Ya no oyes nada?

ZORAIDA: Ya no oigo nada.

SANCHO: ¿Por qué? Porque el ruido era el caracol.

ZORAIDA: Ya.

SANCHO: ¿Qué tenemos que hacer ahora?

ZORAIDA: Estamos solos, los tres, nosotros dos y *tu caracol*, y necesitamos ayuda para poder atravesar esta valla.

SANCHO: El caracol no querrá atravesar. Y si él quisiera querer lo podría llevar yo en un bolsillo, por ejemplo. A él le dará igual quedarse que continuar. Si nosotros fuéramos tan pequeños como este caracol, podríamos escondernos y no tendríamos miedo a que nos descubrieran otras gentes.

ZORAIDA: Tendríamos otros miedos.

SANCHO: ¿Como cuáles? ¿Cómo dejar baba?, eso no dará miedo. ¿O como ir a sitios tan despacio como ellos?, tampoco.

ZORAIDA: O... como que nos buscasen para comernos...

SANCHO: ¡Qué miedo!, ¿no? ¡Comernos! ¿Comernos? ¡Ya no podré dormir, aunque esté tan cansado porque estaré creyendo que soy un caracol que va muy despacio, porque no sabré ir deprisa, delante de gente con botas que me busca y quiere atraparme para comérseme!

ZORAIDA: Era un decir, Sancho, tranquilízate.

SANCHO: ¡Pues vaya un decir! Alguien se nos quiere comer. ¡Vaya un decir!

ZORAIDA: Estas loco, Sancho.

SANCHO: Si, quizá sea la misma locura del caballero montado de la novela, de tu novela, de la novela de padre, de la que me sé trozos, el jinete que iba luchando contra molinos por la pancha, pero padre sabía distinguir los molinos de los gigantes ...

ZORAIDA: Por la Mancha.

SANCHO: Por donde sea.

Pausa.

¿Eso es una valla? Ya... ¿seguro que sí?

ZORAIDA: Lo es. Y muy alta.

SANCHO: Solos no podremos cruzarla. Estamos muy pero que muy muy agotados del todo. Además, tú estás herida y yo....

ZORAIDA: Quisiera saber dónde estamos.

SANCHO: Pregúntaselo a uno de tus niños.

ZORAIDA: Eso sería una temeridad. *¿Y *no sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios.** Esto lo repetía mucho padre, que hablaba así el protagonista de tu novela, cuando tantos peligros pasábamos en nuestro país.

SANCHO: *(Mira hacia el público).* Miro hacia el mar, hacia sus horizontes y todo lo veo con otros ojos, con tus ojos, Zoraida, y si lo que veo son niños y gentes, ya no serán cangrejos, serán personas. Entonces también hay mamás y papás, más personas jóvenes, mayores y muy mayores...

ZORAIDA: De esos no querrá ayudar ninguno.

SANCHO: ¿Por qué no les damos la oportunidad de responder a ellos mismos?

ZORAIDA: No lo veo claro. Los niños son niños.

SANCHO: Que nos ayuden ellos a derribar la valla o a hacerle un agujero, de verdad.

ZORAIDA: Se pueden cortar. Hacerse daño.

SANCHO: Son niños, no bo-botarates. Y los niños tendrán padres, como nosotros tuvimos, pueden pedirles autorización a ellos para dejarles venir.

ZORAIDA: Bien, hagámoslo, cuanto antes, o me arrepentiré.

SANCHO: Si queremos seguir hasta el final, tenemos que atravesarla o derribarla. Dice en el libro: **el crédito debe darse a las obras no a las palabras**.

Silencio.

ZORAIDA: Tienes razón, Sancho, y también que **por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida.**

OSCURO.

Escena VIII

Apoyados por un fondo musical, ZORAIDA y SANCHO se acercan al público y, comenzando por los niños, piden ayuda. Suben acompañando a los que convencen de ellos y acomodándolos sentados por detrás de la valla. Vuelven a bajar y a subir con más “ayudantes”, niños o adultos, las veces que consideren necesario o en tanto haya personas que deseen hacerlo. Hablan con niños, con adultos, con ancianos... tratando de convencerlos... y dándoles indicaciones de cómo deben actuar...

A las personas que vayan al escenario deben decirles que lo hagan en silencio, que no hagan ningún ruido, que sigan el juego para que no les delaten sin querer...

Una vez que ya han convencido de que les ayuden, y sentados, les reparten limas (para “limar” los alambres de la valla) y baquetas para golpear gongs que estarán colgados y disimulados entre la valla.

De repente, lejano y acercándose, motores, entrechocar de botas militares, disparos de escopetas, el ruido se adueña de la escena. Entonces cada uno de los “salvadores” comienza con una imitación de su animal preferido: los chicos comienzan a graznar, ladrar, gorjear, rebuznar... aunque todos y cada uno terminan aullando como verdaderos lobos, asustados, acorralados..., así es como intentan acallar los otros ruidos de fondo... Por fin, uno de los chicos golpea con fuerza la alambrada -golpea un gong-, con la idea de que así la destruirá y otro hace lo mismo en otro extremo, y otro, poco más allá, y otro, y otro. Y más chicos, provistos de grandes limas, se empeñan en rasgar los

alambres:

Ris-ras, ris-ras, ris-ras

Gong, gong, gong

Ris-ras, ris-ras, ris-ras

No puede haber risas, sólo fuerza, empeño, rabia e ira desatada.

Los chicos, insisten:

Gong, gong, gong

Ris-ras, ris-ras, ris-ras

Gong, gong, gong

Ris-ras, ris-ras, ris-ras

Gong, gong, gong

Ris-ras, ris-ras, ris-ras...

Los motores de los camiones se van alejando hasta desaparecer y sólo se oye un único aullido, como si en la escena hubiera un solo animal aullante, y entre todos empujando, golpeando, limando la valla hasta que, por fin, con un grito unísono y poderoso, consiguen derribarla para que SANCHO y ZORAIDA puedan pasar a “este” lado, al frontal, en donde la tierra está limpia y tranquila y es predecible y fértil.

OSCURO.

Escena IX

ZORAIDA: *(Escasamente iluminada por un tenue halo de luz).* Este ha sido el final ideal, el idílico, el que nos gustaría ver y vivir a todos y que entre todos también hemos creado, pero el final, el verdadero final, el final realista y consecuente es otro.

OSCURO.

Breve transición con notables y bruscos cambios en la música y en la luz.

Escena X

SANCHO: *(Está mirando al frente con la cara incrustada entre las rejas y sujetándose con tanta fuerza a la alambrada que la hace vibrar y moverse peligrosamente).* Miro hacia el mar, a lo lejos, hacia sus horizontes y todo lo veo con otros ojos, con tus ojos, Zoraida, y si lo que veo son niños y gentes, entonces ya no serán cangrejos, serán personas. Entonces también habrá mamás y papás, habrá más personas jóvenes, mayores y muy mayores...

ZORAIDA: De esos no querrá subir ninguno.

SANCHO: ¿Por qué no les damos la oportunidad de responder a ellos mismos?

ZORAIDA: No lo veo claro. Los niños son niños.

SANCHO: Que nos ayuden ellos a derribar esta valla o a hacerle un agujero, de verdad, de verdad.

ZORAIDA: Se pueden cortar. Hacerse daño.

SANCHO: Son niños, no bo-botarates. Y los niños tendrán padres, como nosotros tuvimos, pueden pedirles autorización a ellos para dejarles venir.

ZORAIDA: Olvídate de eso.

SANCHO: Yo puedo...

ZORAIDA: No, no puedes.

SANCHO: ...treparla.

ZORAIDA: Es muy alta, solos no podremos atravesarla.

SANCHO: Pidamos ayuda. Pidamos esa ayuda.

ZORAIDA: La estamos pidiendo. (*Agita con brío la valla. Sancho la imita.*)

Larga pausa.

SANCHO: Si queremos llegar hasta el final de nuestro camino, tenemos que atravesarla o derribarla. Porque dice en el libro: **el crédito debe darse a las obras no a las palabras**. ¿Tú qué piensas?

ZORAIDA: (*Abatida*). No pienso, no digo.

SANCHO: ¿Qué hacemos, hermana? ¿Qué hacemos ahora?

ZORAIDA: Esperar.

SANCHO: ¿Esperar?

ZORAIDA: Esperar, sí.

SANCHO: ¿Esperar a qué? ¿Esperaremos a alguien?

ZORAIDA: Seguramente a nadie.

SANCHO: ¿Entonces...?

ZORAIDA: Esperar, sólo eso.

*Se agarran fuertemente a la valla, y miran hacia el fondo del patio aterrada,
obsesivamente.*

*Mientras se produce un **silencio largo...**,*

***excesivamente largo...**,*

de la tierra se levanta un vaho que lo desfigura todo.

*Disminuye la luz muy lentamente, hasta el **OSCURO** total.*

Escena XI

ZORAIDA: *(En **OSCURO**, resuenan con potencia sus palabras).* Sí, Sancho, todo o casi todo está ya escrito en nuestro libro y también esto que ya te advertí: **por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida.** Y sólo nos queda eso ya, Sancho, vida. La que nos quede: sólo vida.